LAS DOS FAMILIAS DE RAQUEL

Llum Saumell

Ilustraciones de Pedro Villarejo

la mar de fàcil
editorial

PRESENTACIÓN

La historia que se cuenta en este libro es inventada.
Los personajes que aparecen en *Las dos familias de Raquel*
son personas imaginadas por la autora.
Pero la historia que se cuenta de Raquel
se parece a muchas historias que sucedieron de verdad.

Durante la dictadura de Francisco Franco,
incluso años después, durante la democracia,
hubo muchos casos de adopciones irregulares de bebés.
Sucedió en hospitales y conventos de todo el Estado español.

Algunas monjas y sacerdotes de la Iglesia católica
participaron en adopciones que no se hicieron de forma legal.
Muchos médicos, enfermeras, abogados y políticos
ayudaron a cometer estos delitos.

Eran adopciones hechas con engaños,
diferentes de las adopciones
que se hacen con el consentimiento de los padres
para que el bebé tenga una vida mejor.

Los médicos y las enfermeras contaban a las madres
que sus bebés habían fallecido después del parto
para ofrecer a las criaturas en adopción.
Otras veces incluso las convencían
para que dieran a sus bebés en adopción
sin pasar por trámites legales.

Los documentos de adopción se falsificaban
y muchos nacimientos no se anotaban
en los registros[1] de los hospitales o los ayuntamientos.

Hay personas que han averiguado
que fueron adoptadas de forma irregular
y se han organizado en asociaciones
para buscar a sus madres y a otros familiares.
Es una búsqueda larga y complicada:
a veces logran encontrarse y, otras veces, no.

En ocasiones son madres, hermanos y hermanas,
o bien otros parientes, los que hacen esta búsqueda
para encontrar a esos niños adoptados de forma irregular.
A estas criaturas se las conoce como "bebés robados".

1. Lista de personas en la que constan nombres y apellidos con la fecha y el lugar de nacimiento.

1. EL ENTIERRO DE CARMEN

10 de noviembre de 1995

El cementerio de Durango está en silencio.
Todos están callados y tristes.
Ni siquiera se oyen pájaros, y apenas el viento.
Los árboles también parecen decaídos
con sus pocas hojas amarillas y ocres.

Es otoño, hace frío y empieza a oscurecer.
En noviembre los días son muy cortos.

Muchos parientes, amistades y vecinos
han ido al entierro de Carmen, la madre de Raquel.

Carmen era una mujer amable y conocida en todo el pueblo.
Durante muchos años hizo pasteles, dulces, tartas y galletas
que vendía los sábados en el mercado.
Todos en Durango la querían mucho.

Raquel observa como su tía Irene
sostiene a su abuela Remedios por los hombros.
La mujer tiene más de 90 años y camina con dificultad,
siempre con su bastón.
Aunque muchas veces debe apoyarse en otra persona.



Hoy, Remedios va vestida toda de negro
y parece aún más menuda de lo que es.

La anciana vive en una residencia desde hace unos años
porque necesita muchos cuidados y atención médica.
Hoy ha querido estar en el entierro de su hija Carmen,
y su otra hija, Irene, ha ido a buscarla.

Raquel es su única nieta, y a veces se olvida de su nombre.
La mira con ternura y la llama "niña bonita".

Remedios también confunde a menudo
el nombre de su yerno, el padre de Raquel.
Aunque se llama Antón, suele llamarlo José,
como su difunto marido.

A Raquel le gusta escuchar las historias que cuenta su *amama*[2],
aunque hay muchas cosas que no entiende
porque Remedios confunde a menudo fechas y lugares.

Durante el entierro, Raquel mira a su padre.
Está solo, separado de las demás personas.
Antón está tan delgado que parece que se pierda
en el interior de su abrigo oscuro,
con las manos hundidas en los bolsillos.

2. Abuela en euskera, la lengua del País Vasco.
Es muy habitual que se llame así en la familia aunque se hable en castellano.

Ella nunca lo había visto con traje y corbata.
Tampoco nunca lo había visto llorar..., hasta ahora.
Observa cómo su padre se seca las lágrimas con un pañuelo
que enseguida guarda en su bolsillo.
No quiere que nadie lo vea triste.

Raquel hace seis años que no vive en Durango.
Se mudó a Bilbao y trabaja en un periódico.
Cuando Carmen empeoró por su enfermedad,
Raquel iba todos los fines de semana a ver a sus padres.
Ayudaba en casa y le hacía compañía a su madre.

Carmen pasó los últimos meses de vida en la cama,
pero, a pesar de los dolores, nunca perdió sus ganas de hablar.

La tía Irene iba cada día a cuidar de su hermana
y preparaba las comidas y las cenas para ella y para Antón.
Las dos hermanas estaban muy unidas.

Entonces, Raquel desvía la vista hacia su tía
y ve cómo ella y la abuela Remedios
se acercan para despedirse.

—¡Que niña más bonita! —exclama la abuela.

—Sí, *ama*[3]. Tu nieta Raquel es muy bonita —responde Irene—.
¿Recuerdas qué bebé más lindo era cuando llegó?
Era muy chiquitina y parecía una muñeca de porcelana.
Anda, dale un beso que tenemos que volver a la residencia.

Los besos de la abuela Remedios no hacen ruido.
Sus labios secos apenas rozan la mejilla de Raquel.
En cambio, la tía Irene le da dos besos, uno en cada mejilla,
que resuenan por todo el cementerio silencioso.
Quiere mucho a su única sobrina.

Poco a poco, se van los demás parientes y todos los vecinos,
hasta que Raquel y Antón se quedan solos y callados
delante de la lápida de Carmen.
Antón es un hombre callado, serio, sencillo
y que no acostumbra a dar besos y abrazos.
A Raquel, cuando era pequeña, le parecía muy alto y fuerte.
Trabajaba en una fundición[4] y ahora está jubilado.

—*Aita*[5], ¿nos vamos? —pregunta Raquel.

Antón responde sin mirarla:

—Tenemos que hablar, Raquel.
Ahora que tu madre no está, debo contarte algo.

3. Mamá en euskera.
4. Fábrica donde se funden metales.
5. Papá en euskera.

—Voy a quedarme unos días, tendremos tiempo de hablar.
Ahora vamos, estoy helada y ya van a cerrar el cementerio
—contesta Raquel tiritando por el frío.

Antón asiente con la cabeza
y Raquel empieza a andar hacia la salida del cementerio.
Oye tras ella los lentos pasos de su padre.

En la calle vacía solo queda el coche de Raquel.
Se suben los dos y regresan a casa en silencio.